

## P. Carlos Ortigosa López

### Una despedida sin adiós

Todo fue muy rápido, imprevisto y doloroso. Rápido, pues apenas nos dio margen para actuar; imprevisto, pues nadie podía pensar en este fatal y doloroso desenlace, ya que la muerte de un hermano siempre deja heridas en la familia, que difícilmente pueden cicatrizar.

El P. Carlos había pedido licenciar para no acudir a la Asamblea Diocesana que cada año se celebra a finales de enero en Potosí. Él se notaba cansado, con altibajos en su tensión, pero con humor y siempre acompañado de su inseparable cigarro. Apenas hacía una semana que había llegado a su nuevo destino, como párroco: San Pedro de Buena Vista. El buen clima, la menor altitud que Sacaca, su anterior destino y el grato ambiente comunitario auguraban una feliz estadía en dicho enclave. Carlos siempre fue reservado, sobre todo, para hablar de su salud y dificultades misioneras de la vida diaria. Prefería sufrir en silencio y sobrellevar las cosas él solo para no cargar sobre los hombros de los demás lo que él creía podía resolver en solitario.

Todos los miembros de la comunidad sampedreña salieron de casa el domingo 22 de enero por la tarde: unos hacia Cochabamba para alistar las cosas de inicio de curso y los claretianos, camino de Potosí, donde llegamos, el lunes 23, por la tarde. Es la única vez que procuramos acudir todos los claretianos de la Misión a la llamada anual de nuestro obispo: Ms. Ricardo Centellas. Esta asamblea propicia poder confraternizar con los sacerdotes de la diócesis y compartir experiencias pastorales. Asimismo, en este encuentro se generan espacios y tiempos para revisar y programar objetivos y actividades que marcarán nuestro caminar como diócesis durante el año recién estrenado.

El mismo día 23, lunes, el P. Carlos se sintió mal y acudió al hospital de la población. Estamos seguros que el médico de guardia (el equipo médico había salido de paseo a orillas del Río Caine, según me informaron) le tuvo que preguntar por la medicación que estaba tomando. El cardiólogo que le atendía desde hace un tiempo, le había mandado una medicación para controlar la tensión arterial, que la tenía desnivelada y, en momentos, descontrolada. Sin embargo, el galeno le recomendó tomar paracetamol; una medicina de poco calibre, dada la sintomatología que presentaba el paciente. La cocinera de la casa y otros amigos de la parroquia vieron que no era muy profesional ni el diagnóstico y ni el remedio. Como el P. Carlos se encontraba mejor: sin mareos, sin cansancios especiales y sin dificultad para caminar... dejó ahí la cosa. Ya en esa ocasión le aconsejaron los amigos más cercanos agarrar una ambulancia e ir a la ciudad, ya que la novatería del médico y los síntomas no eran muy alentadores. Sin embargo, Carlos no le dio mayor importancia y retornó a casa por su propio pie.

El miércoles, día 25, se volvieron a repetir los síntomas. Carlos llamó al hospital, que envió una enfermera a la casa parroquial para ver al enfermo. Los mismos síntomas (cansancio, dificultad para respirar, mareos) y los mismos remedios (paracetamol). El jueves día 26 los claretianos estábamos retornando ya de Potosí. Nos encontrábamos saliendo de Oruro, camino de Sacaca. Hacia las siete y media de la noche, una colaboradora de la Misión me llamó desde San Pedro para decirme *“el padre se encuentra mal”*. Le rogué que en ambulancia lo trasladaran inmediatamente a Cochabamba. Como estaba perdiendo la cobertura telefónica (en nuestra zona sólo desde determinados lugares se puede llamar por teléfono), contacté con el P. Enrique

para que hablara con Carlos y se hiciera cargo del caso, ya que los síntomas eran preocupantes. Se repetía la misma historia en muy poco tiempo. El P. Enrique habló con el P. Carlos esa misma noche y éste volvió a aminorar la gravedad de su situación y se resistió a salir a la ciudad, que era lo que le aconsejaban todos. Lo que pasó esa noche sólo el P. Carlos lo sabe. A las cuatro de la madrugada del viernes, día 27, llamó al hospital... según consta en la memoria de su celular. A las ocho y media de la mañana nuevamente se repetían los síntomas y ya alistaron todo para llevarlo en ambulancia a Cochabamba. En este trajín estaban, cuando el P. Carlos se sintió sin fuerzas y que se ahogaba. A los pocos minutos, en el mismo hospital fallecía nuestro querido y recordado P. Carlos. Así, sin decirnos adiós y con lágrimas en el rostro de todos, se nos fue el P. Carlos. Los sampedreños, enterados de la noticia, no daban crédito a lo que estaba pasando: por primera vez en la historia de la población, un padre, un sacerdote, fallecía en el pueblo. Ningún hermano claretiano estaba en ese momento en la población para acompañar y liderar las acciones a realizar.

Una señora, colaboradora de la parroquia, contactó inmediatamente con mi persona para hacerme conocer la triste y dolorosa noticia, que nunca nadie hubiéramos querido oír: *el P. Carlos ha fallecido*. Yo me encontraba en Sacaca, a punto de llamar a San Pedro para ver cómo había pasado la noche. La noticia me dejó sin palabras y consternado. Sin pensarlo dos veces, sabiendo que el cadáver del P. Carlos estaba solo, me puse en camino hacia San Pedro, acompañado del P. Victoriano Quispe. Un viaje silencioso, triste y dolorido. Cómo podía ser que el Señor nos probara de esta manera: un joven misionero, que tuve como seminarista en Leioa; conocía a sus padres (su mamá, doña Carmen, todavía vive en su natal Oco – Navarra), una persona en la flor de la vida (52 años), un misionero imprescindible en nuestro actual caminar norpotosino. Mal para el que se va, pero, me atrevo a decir, peor para los que nos quedamos. Un hueco que nos resulta imposible poder cubrir.

A las doce y media pasadas, llegamos a San Pedro. Los vecinos habían colocado el cuerpo del padre Carlos en la capilla de la comunidad, según habíamos acordado previamente. Allí estaba inerte y sereno, cubierto con unas frasadas y unas sábanas. Un abrazo fraterno y unas irreprimibles lágrimas brotaron espontáneas. Y una pregunta, todavía sin respuesta ¿Por qué, Señor? La gente me miraba y acompañaba; nos abrazaba y nos daba unas sentidas condolencias; su silencio, su oración, su perplejidad,... todo parecía imposible en aquella capilla en la que tantas veces había rezado en estos últimos doce años de vida misionera en San Pedro.

La perplejidad y el dolor no podían paralizarnos. Hablé con el P. Enrique y decidimos trasladar el cadáver de nuestro hermano al mausoleo, que la comunidad tiene en Cochabamba. Comunicué a los presentes que las cuatro de la tarde celebraríamos una misa de cuerpo presente para despedir a su nuevo párroco, al que recién acaban de acoger. Entre tanto, buscamos un ataúd en el que colocar su cuerpo yacente. Colocamos un rosario entre sus manos y una estola, la que él llevaba en sus salidas al campo, sobre el féretro.

En San Pedro no había ambulancias ni funerarias que quisieran portar al P. Carlos a Cochabamba. Tuvimos que coger la movilidad que nos había traído desde Sacaca y prepararla para hacer el traslado. A las cuatro y media dio comienzo la misa funeral en el templo parroquial. Todo San Pedro se volcó ante esta cita inesperada. Gracias ¡pueblo de San Pedro.

Una rabia contenida estaba latente en los sampedreños que habían hecho una demanda judicial por negligencia médica. ¿Cómo podía ser que el médico, no hubiera tomado una decisión más profesional y derivado al P. Carlos a otro centro de más capacidad? Aunque yo di

la aprobación a dicha demanda, no confiaba mucho en el resultado de autopsias y demás reclamos. Además no iban a devolvernos a la vida al P. Carlos.

A las cinco y media de la tarde, salió el cortejo fúnebre de la parroquia, camino de la ciudad. La gente acompañó caminando a la comitiva hasta la salida de la población, como se hace con todos los difuntos. Con un simbólico abrazo y con el rezo del último padrenuestro, despidieron sus feligreses a su nuevo y breve párroco.

Antes de llegar a Cochabamba nos salieron al encuentro la fiscal de San Pedro y un médico forense. Tenían como objetivo facilitar el tránsito del cadáver y practicar la autopsia en el instituto anatómico forense para tener conocimiento cabal de las causas de su muerte. Hasta las cuatro de la madrugada del sábado 27 estuvimos en estos afanes. El médico forense nos indicó que un infarto de miocardio fulminante acabó con la vida de nuestro hermano.

A las once de la mañana ya estaba el cuerpo del P. Carlos en una sala contigua al santuario Corazón de María. Flores, rezos y comentarios, llenos de incredulidad, se daban cita junto al féretro. Un responso presidido por el P. Juan Carlos Bartra, reunió a todos junto al cuerpo sin vida de nuestro hermano.

A las tres de la tarde, en el santuario Corazón de María, daba comienzo la misa funeral por el eterno descanso del P. Carlos. La presidía el Sr. Obispo de Potosí, llegado expresamente para este evento religioso. Toda la Misión Claretiana en pleno se hallaba presente. Muchos mensajes de condolencia fueron llegando, sólo algunos pudimos leer al final de la misa exequial. Como el cementerio general sólo recibe por la mañana, retornamos con el cadáver a la sala velorio, junto al templo. Allí se veló el cadáver hasta altas horas de la noche. Al día siguiente, hacia las diez de la mañana partió el cortejo fúnebre hacia el panteón de los Misioneros Claretianos. Gentes llegadas de todas partes, especialmente de Sacaca, donde ejerció su ministerio sacerdotal durante veinte años, se dieron cita en el cementerio. Allí, junto a los nichos de los PP. Juan Ramón Alcalde, Luis Fernández (tan vinculados a la Misión Norte Potosí), depositamos su cadáver. La enseña de la escuela Ladislao Cabrera – Fe y Alegría de Sacaca acompañó en todo momento al P. Carlos. Él que tanto luchó, trabajó y sufrió por la educación en el norte Potosí, y sobre todo, en Sacaca... Un sentido responso, la lectura de la comunicación que envié a los asistentes al funeral en su pueblo Oco, unas intervenciones libres de algunos de los asistentes... llenaron de honda emoción este adiós dolorido de todos los presentes. Profesores, becados y becasas, alcalde de San Pedro, religiosas, amigos, sacerdotes, hermanos claretianos... nos sentimos una gran familia ante el nicho que acoge para siempre los restos del P. Carlos.

Posteriormente se celebraron misas por su eterno descanso en Potosí, Uncía y en todas las parroquias de la Misión Claretiana. La de nueve días en Sacaca revistió un carácter especial. Mucha gente que no se había podido desplazar a Cochabamba, se unió a esta celebración, que se hizo siguiendo las costumbres norpotosinas: velorio el día anterior y servicio de un platito a todos los presentes tras la misa funeral.

Muchas cosas podrían decirse de la labor misionera desempeñada por el P. Carlos Ortigosa López en los 20 años de servicio misionero en el Norte de Potosí. Responsable de educación muchos años y, otros muchos, responsable de pastoral, miembro permanente del Consejo de la Misión. Una presencia y un aporte que siempre enriquecía las reuniones, encuentros y celebraciones.

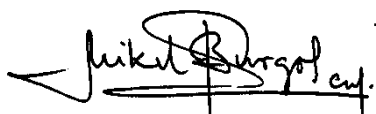
Sólo destacaré, para no alargar esta nota necrológica, su aporte en favor de la educación, sector de desarrollo al que se entregó con pasión y convicción, pero que le hizo sufrir mucho, sobre todo, los últimos años. Transcribo las letras que le hice llegar a la directora de la Escuela, Lic. Rebeca Quilo y que leyó en varios escenarios, sobre todo, públicos:

*El P. Carlos Ortigosa López llegó a Bolivia hace 20 años. Trabajó incansablemente en Sacaca, extremo norte del departamento de Potosí. Su compromiso con la pastoral campesina y con la educación han marcado su vida misionera en Bolivia. Centrándonos en el campo educativo podemos destacar su dedicación en cuatro campos muy concretos:*

- **Educación formal** en la escuela Ladislao Cabrera y en el Colegio Alonso de Ibáñez de la población de Sacaca. Establecimientos de Convenio con Fe y Alegría. Trabajó incansablemente en la mejora de la infraestructura de la escuela y ampliación del colegio.
- **Educación alternativa.** Impulsó, organizó y defendió este segmento educativo a través del CETA, P. Juan Ramón Alcalde, radicado también en Sacaca
- Apoyo incondicional y permanente del **Internado La Providencia**, donde son acogidos 170 internos e internas de bajos recursos y provenientes de comunidades campesinas del extremo norte de Potosí.
- Apoyo con becas a jóvenes sin recursos para **estudios superiores**, sobre todo, de magisterio, técnicos y universidad. En la actualidad había firmado un convenio de colaboración con el instituto técnico superior Sayarinapaj de Cochabamba.

*Por otra parte, su palabra autorizada y conocedora de la realidad de la educación en Bolivia siempre había que tenerla en cuenta.*

La Misión Claretiana que trabaja en el norte de Potosí desde hace 46 años ha perdido un gran apoyo. Podemos decir que somos un poco más pobres y más necesitados de la ayuda de Dios y de nuestras gentes. El campo de la educación ha perdido también un gran apoyo voluntario y desinteresado, pero cualificado, crítico y propositivo. Siempre interesado en mejorar la calidad de nuestro servicio educativo en el Norte de Potosí. Descanse en paz.



P. Mikel Burgos Cámara, cmf  
Superior de la Comunidad Norte Potosí